

Fijar y recuperar población en el medio rural: ¿DÓNDE ESTÁ LA CLAVE?

XAVIER CARBONELL. ARC-MEDIACIÓN AMBIENTAL



Foto: Joaquín Guijarro

Muy ambicioso resulta el interrogante y muy pretencioso dar una respuesta acertada y breve. Sin embargo, vamos al menos a dar unas pistas, guiados por nuestra experiencia vital y profesional.

Vivimos en Hecho, un pueblo del Pirineo Aragonés, en la provincia de Huesca, que tiene el dudoso récord de ser la provincia española con más pueblos deshabitados, cerca de trescientos, según el *Informe sobre la Despoblación del Justicia de Aragón* del año 2000. El fenómeno incluso se ha convertido en un atractivo turístico, tal y como lo presenta la Federación Aragonesa de Montañismo en el reciente libro *Paisajes con memoria - Viaje a los pueblos deshabitados del Alto Aragón*, de J. L. Acín.

Profesionalmente colaboro con el Consorcio para el Fomento del Desarrollo Socioeconómico de los Valles donde sabemos, desde hace ya unos años, lo que supone buscar alternativas de empleo para la población de nuestros valles o para nuevos pobladores que se quieren asentar en una zona donde la densidad media de población es de 3 hab/km². También hemos colaborado con el Grupo LEADER Organización para el Desarrollo del Mezquín-Matarraña-Bajo Aragón (OMEZYMA) en el diseño de una Oficina de Acogida de Nuevos Pobladores. Actualmente, promovido por este Grupo, estamos formulando un proyecto de cooperación transregional en el que van a implicarse varios Grupos

de Acción Local de España. En las recientes jornadas celebradas el pasado mes de abril en Beceite (Teruel), a las que asistieron representantes de las CCAA de Asturias, Madrid, Castilla-León, Valencia y Aragón, pudimos comprobar que nuestras reflexiones y orientaciones metodológicas, reflejadas en el documento *Oficina de Acogida de Nuevos Pobladores - Pautas para su puesta en marcha* eran compartidas por la mayoría, y aunque requerían ser adaptadas a cada lugar, se acercaban a la realidad vivida por los Grupos en otras zonas rurales de España.

Dar las claves en la fijación y recuperación de población en el medio rural es complejo. Si la estrategia fuera simplemente dotar de determinados servicios e infraestructuras al medio rural, terminaríamos pronto, pues la solución pasaría por activar políticas públicas de reequilibrio territorial, planificando adecuadamente los servicios a la población. Si se trata de apoyar iniciativas puntuales, innovadoras que espontáneamente o con el apoyo de determinadas líneas de subvención se están concretando en toda la geografía española, ya tenemos una herramienta en marcha como son los programas LEADER y los PRODER, que también pueden contribuir a atraer y fijar población a través de la promoción, difusión y revalorización del patrimonio cultural y natural. También sabemos de las dificultades de acceder a estas líneas de fomento en el caso de promotores con buenas ideas, pero sin patrimonio ni otro tipo de ingreso que le sirviera de aval para iniciar su actividad. O las dificultades que tienen estos programas para actuar sobre el problema del acceso a la vivienda o alquiler de locales. Trabajar en estos temas abriría más posibilidades a la implantación de nuevas iniciativas y facilitaría el asentamiento de nuevos pobladores.

Sin embargo, nuestra experiencia nos muestra que, aun mejorando en los aspectos arriba citados, por otro lado ampliamente conocidos y diagnosticados, y aun poniendo en marcha determinadas políticas demográficas (como en el caso de Aragón), sigue habiendo importantes retos para fijar y atraer población en las zonas rurales que dependen más de una cuestión, simple de formular y desafiante de resolver, y que se escapa habitualmente de los debates pú-

blicos: ¿estamos dispuestos en los pueblos a acoger a más gente? ¿estamos dispuestos, realmente, a ir a vivir a un pueblo? En las líneas que siguen invitamos a reflexionar a los que se van, a los que se quedaron y a los que quieren ir a vivir a un pueblo.

Entre el discurso y la práctica

Nuestro trabajo, relacionado con la planificación participativa en zonas rurales, nos lleva a realizar multitud de reuniones vecinales en las que acostumbramos a debatir los principales problemas afectando la vida de los pueblos y las posibles soluciones. La despoblación se cita reiteradamente como el principal problema para el fomento del desarrollo de estas zonas rurales y la principal causa condenatoria de estos pueblos a su desaparición. En el umbral de la supervivencia, en cuanto a número de habitantes se refiere, la emigración es a la vez causa y efecto de la disminución de la población en el mundo rural: “Como somos pocos no nos llegan los servicios y como no llegan los servicios cada vez somos menos”. Esta frase resumiría las razones por las cuales las familias abandonan los pueblos, especialmente en los núcleos pequeños (de menos de 1.000 habitantes), unido a la falta de puestos de trabajo diversificados (más allá de la agricultura y la construcción) y, sobre todo, a la falta de trabajo para la mujer.

Han sido casi más numerosas, y casi más estables también, las experiencias que han surgido espontáneamente, fuera de los programas de acogida

La acogida de nuevos pobladores es percibida en un porcentaje muy elevado de los locales como una propuesta interesante para invertir la tendencia a la disminución de la población. Sin embargo, los que se quedaron, nos advierten que encontrar un trabajo y una vivienda van a ser los principales problemas con el que se encontrarán los recién llegados. Pero en realidad la respuesta tiene más matices y los lugareños aluden a que también el déficit de servicios a la población en general, y la carencia de servicios específicos para los recién llegados, unido a posibles dificultades de adaptación entre los recién llegados y los locales, pueden complicar la acogida de nuevos pobladores.

Si, fundamentalmente, es un problema de disponibilidad de vivienda y de trabajo... ¿cómo explicamos la cantidad de casas vacías imposibles de alquilar? ¿cómo explicamos que no se contrate a la mano de obra que tanto reclaman determinadas empresas del ámbito rural?

Seamos claros. Digamos que en los pueblos se desea que venga gente a vivir, pero cada uno tiene “su perfil” deseable o imaginado que no coincide forzosamente ni con el imaginado por los demás ni con las personas, no simplemente mano de obra, que finalmente se presentan a vivir a un pueblo. Del trabajo de campo que hemos hecho en Mezquín-Matarraña-Bajo Aragón, propusimos la siguiente variabilidad de perfiles, con infinidad de situaciones intermedias:

- Personas de origen urbano, con escasa relación con el pueblo, que acuden por el efecto reclamo de alguna de las experiencias desarrolladas en la zona, especialmente por la promoción hecha a través de los medios de comunicación. Perfil que a menudo evidencia dificultades sociolaborales en su lugar de origen o de integración por diversas razones personales.

- Personas de nacionalidad extracomunitaria que vienen al pueblo con la esperanza de iniciar una nueva vida. Vienen atraídos por la diferencia de nivel de vida entre su país de origen y el país de destino. No discriminan zona rural o zona urbana ni a menudo el tipo de trabajo. Prevalece la diferencia de niveles de vida entre los países.

- Personas, de la Unión Europea, que deciden emprender en zonas rurales especialmente por las oportunidades y ventajas comparativas que les pueda ofrecer ese medio frente al medio urbano.

- Personas que van a los pueblos en búsqueda de una calidad de vida que consideran propia de las zonas rurales, y procuran seguir desarrollando su actividad profesional habitual en un pueblo, apoyándose en la libertad que le da ser profesional libre, la relativa cercanía a una capital comarcal, la disponibilidad de nuevas tecnologías, etc.

- Personas mayores que quieren jubilarse en su pueblo de origen.

Por tanto estamos hablando de una constelación de situaciones personales que requieren en cada caso soluciones adaptadas y que de cualquier modo todas son potencialmente válidas para solucionar algo que vivimos con dificultad: “¿Qué hacer para que no nos entre la pena en invierno?”.

Y más cosas. Cuando al fin les cogemos cariño a los recién llegados, esperamos veladamente que no se vayan, que echen raíces para siempre en el lugar de acogida sin plantearnos, por ejemplo, que una pareja que decide vivir en un pueblo puede decidir abandonarlo si cuando sus hijos crezcan se ven en la obligación de internarlos con 12 años lejos de casa. Bada nos advertía, en el caso de los inmigrantes, lo que a mi entender puede hacerse extensivo a cualquier recién lle-

¿Estamos dispuestos en los pueblos a acoger a más gente?

¿Estamos dispuestos, realmente, a ir a vivir a un pueblo?

gado: “No hay que olvidar que (...) una vez integrados, se comportan como nativos. Y si los pueblos se despueblan porque los nativos se van ¿por qué habrían de quedarse definitivamente en ellos los que vienen de fuera a ocupar sus puestos”. Los que quieren ir a vivir a un pueblo deben, pues, plantearse hasta cuándo van a integrar en sus vidas cotidianas dificultades estructurales y carencias de servicios por los que llevan luchando los que se quedaron.

El éxito de la invisibilidad

De las experiencias que hemos conocido, o en las que hemos participado, hay dos consideraciones que nos han llamado especialmente la atención:

- No se han cumplido las expectativas en cuanto a los perfiles supuestamente con más opciones de quedarse en el pueblo. Me explico. Simplificándolo sobremanera podríamos decir que las garantías de éxito en la acogida se asociaban a criterios de proximidad cultural, idiomática, relación de parentesco con el pueblo, antecedentes en zona rural. Paradójicamente encontramos situaciones menos conflictivas y casi más numerosas de gente que se ha instalado a vivir de forma estable en los pueblos sin apenas hablar castellano, viniendo de países lejanos y siendo de origen urbano. La realidad ha roto con los estereotipos.
- Han sido casi más numerosas, y casi más estables también, las experiencias que han surgido espontáneamente, fuera de los programas de acogida o de las propuestas puntuales que se han hecho desde algunos pueblos promoviendo, mediante campañas de difusión, la acogida de nuevos pobladores.

Por tanto es como si el recién llegado reivindicara hasta cierto punto lo que Manuel Delgado llama “el derecho a la indiferencia”. Es efectivamente un recién llegado pero debería cuanto antes pasar a ser un vecino más. La convivencia y la ayuda mutua deberían poco a poco hacer el resto.

De todos modos, esta integración y reconocimiento mutuo no siempre son fáciles y requieren en ocasiones una cierta previsión. Esto nos hizo reflexionar mucho al elaborar las propuestas recogidas en el documento que elaboramos para la Organización para el Desarrollo del Mezquín-Matarraña-Bajo Aragón sobre la Acogida de Nuevos Pobladores, en el que se proponen una serie de medidas orientadas básicamente a: preparar la acogida de nuevos pobladores en el propio pueblo (analizar la disposición de la colectividad del municipio de acogida, crear las condiciones para un campo de acogida positivo, etc.); atender la demanda y promover labores de acompañamiento y conocimiento mutuo, así como acciones mediadoras en caso de que surjan conflictos. El objetivo es convertir en “invisible” cuanto antes al nuevo poblador.

Conclusiones

Si el medio rural vive la despoblación como un problema y queremos trabajar seriamente en fijar y atraer a nueva población:

- Deben aplicarse políticas de reequilibrio territorial, altamente dependientes de voluntades políticas, poco sensibles al escaso peso demográfico de las zonas rurales.
- Los programas de desarrollo rural deben abrirse a estrategias que vayan más allá de lo que es promoción, difusión y apoyo a iniciativas empresariales. Han de apostar fuerte por medidas, que hasta ahora no se contemplaban, como son los avales a emprendedores y facilitar el acceso al alquiler de viviendas y locales.
- Si queremos que se quede y venga gente hay que dejarse de fundamentalismos identitarios. No podemos pensar que la integración debe ser unidireccional, y los propios programas de desarrollo en su dinamización deberían contemplar, para los que vengan, incitativas que den pistas, por ejemplo, de lo que es la vida en un pueblo, así como promover, para los que se quedaron, intercambio con personas de otros mundos (urbanos, regiones, países) aparentemente lejanos y tan cercanos en realidad. La buena compañía es un lenguaje corporal universal. 🍷